
El cuerpo femenino*

John Updike

“**T**u ombligo como una taza redonda que no le falta bebida”, dice la voz masculina en el *Cantar de Salomón*, “Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios. Tus dos pechos, como gemelos de gacela”. Robert Graves, en *Watch the Northwind Rise*, cita una versión vernácula de estos versos que dice:

Tu vientre es como un montón de trigo

Tus pechos dos jóvenes gacelas.

¡Oh, ven a la cama, amor, conmigo,

Y retira ya todas las telas!

Una mujer desnuda, para la mayoría de los hombres, es lo más hermoso que se puede ver. En este planeta, el cuerpo femenino es el máximo objeto estético, recreado no sólo en escultura y pintura, sino en la forma de aldabas, cascanueces, pies de lámpara y cariátides. Para los victorianos, estaba en todas partes, desnudo en latón, mientras que sus mujeres verdaderas estaban fajadas, acojinadas y reforzadas como los muebles; en este siglo, el cuerpo femenino asedia la mercancía de principio a fin, desde la textura epidérmica sedosa de una caja de cigarrillos suave hasta las curvas caderonas de un Porsche. El cuerpo femenino es una obra maestra de diseño comercial, que incita a la raza a procrear generación tras generación, y extrae el semen de hombres hipnotizados con la facilidad de un carterista en un espectáculo de vodevil.

Este mecanismo cautivador paga un precio por su propia complejidad: el cáncer ataca los senos y los ovarios, los cólicos menstruales y la histeria perjudican la actuación. Su estación floreciente, de fertilidad

* Este texto apareció en el *Michigan Quarterly Review*.

potencial, es más breve que la del cuerpo masculino, aunque más provocativa y poderosa. Kafka, en una carta a Max Brod, comentó con poca caballerosidad acerca de las mujeres: "Sólo hasta el verano ve uno realmente su tipo curioso de carne en cantidad. Es carne suave, retentiva de mucha agua, algo abultada, y conserva su frescura sólo durante unos días". Continúa con su rectitud escrupulosa: "En realidad, claro, se ve bastante bien, pero eso es sólo la prueba de la brevedad de la vida humana". Así es, la comprobada duración mayor del cuerpo femenino demuestra la relativa disponibilidad biológica del macho y los efectos saludables del ejercicio perenne en forma de labores domésticas.

Si el hecho social más importante del cuerpo femenino es su atractivo, el hecho político más importante es su debilidad, en comparación con el cuerpo masculino. Puede haber algunas feministas suficientemente fervientes que lo nieguen, pero la verdad es elemental. Como dijo Elizabeth Hardwick con admirable firmeza, en su reseña de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, "Es cierto que las mujeres son físicamente inferiores a los hombres y, si no fuera así, toda la historia del mundo sería diferente. (...) Toda mujer a quien un hombre le ha torcido el brazo reconoce un hecho de la naturaleza tan humillante como un ciclón ante una frágil rama de árbol". Este hecho subyace a muchos hechos de la circunstancia femenina, tales como el uso de las mujeres como esclavas domésticas y como bestias de carga en la economía fundamental del mundo, y la mayor atención y sutileza de las mujeres en las maniobras privadas de las sociedades avanzadas. "Lo fastidioso de las mujeres", escribió Stendhal en *Sobre el amor*, "es el resultado de esa situación riesgosa en la que se encuentran desde el principio, y de la necesidad que sufren de pasar su vida entre enemigos crueles y encantadores".

Esta debilidad física y las crueldades que resultan de ello son la verdad pero no toda la verdad y, desde el punto de vista de la especie, ni siquiera la verdad fundamental. Un experimento interesante de pensamiento, para un hombre adulto, es tratar de volver a mirar a una niña prepúber, digamos una de diez u once años, con los ojos de un niño de la misma edad. La debilidad relativa, las curvas fascinantes, el fastidio femenino, todavía no están allí, pero sí la magia: el canto de la sirena, el extraño impulso simultáneo para ser amable y para conquistar, el deseo desfalleciente de ubicar la vida de uno junto a esta otra. Es cierto que la inducción cultural a la heterosexualidad nos bombardea desde la infancia; pero, por lo general, cae sobre terreno pavorosamente receptivo.

El cuerpo femenino, en su capacidad para concebir y cargar un feto y para amamantar a una criatura, es el vehículo de nuestra vida: es la locomotora y los rieles. La sexualidad masculina, pues, al volver a esta fuente primordial, bebe del manantial del ser y entra en la región sombría de la mitología, donde arriba es abajo y muerte es vida. La contradicción paradójica de las actitudes masculinas ante la mujer y su cuerpo —los impulsos de exaltar y degradar, de servir y esclavizar, de lastimar y consolar, de reverenciar y burlar— proviene desde algún punto del origen en que aún no se diferencian las emociones y la energía no tiene una dirección clara. El acto sexual en sí, desde el punto de vista masculino, es una paradoja, una transformación de sus arremetidas en placer, un golpe en la tripa que se recibe con gratitud. El sadismo y el masoquismo coquetean con naturalidad en las orillas de nuestro “profundo y terrible (...) deseo de establecer contacto”, como dijo Katherine Mansfield.

Y es natural que las mujeres modernas sientan una impaciencia personal ante la mitificación, ante ser consideradas (¡hablemos de histeria!) como vírgenes y putas, madre tierra y vampiro, niñas indefensas y dominadoras implacables, y ante la incapacidad masculina para ver el sexo tal cual es. ¿Qué es? Un procedimiento y función biológicos, presumiblemente, en el mismo plano que comer y defecar, así como las mujeres son, si les considera con justeza, seres humanos con los mismos derechos y entidades políticas con mente propia. Bueno, sí se ha sabido que los hombres, sin darse cuenta, en lapsos de distracción o saciedad han visto el cuerpo femenino sólo como un cuerpo, bastante parecido al suyo, construido para la locomoción así como para la procreación, un tallo acuoso erguido que temporalmente resiste, con sus milagrosas reacciones moleculares en cadena, las fuerzas de gravedad y entropía. Es un momento lúcido pero desanimado ver a una mujer desnuda como una especie de hombre, sólo que más pequeña, de estructura más ligera, imberbe, pero fuera de eso igual que los hombres mechón por mechón, y con mellas, suaves hinchazones, protuberancias no masculinas endurecidas con grasa, movidas suavemente por la gravedad ... un montón de trigo cercado de lirios ... esas curvas catenarias, esa ausencia rara y atenta ... el momento de la lúcida visión pasa.

Al pedir perdón a las mujeres por la mitificación de sus cuerpos, por ser irreales al respecto, sólo podemos apelar a su propia sexualidad, que es diferente, pero quizás no básicamente diferente de la nuestra.

También para las mujeres parece haber ese enredo de súplica y posesividad, ese descenso hacia la indiferenciación infantil, ese desamparo omnipotente, esa fusión con la cósmica calidez materna, ese repentino salto, apresurado por el pulso, hacia la sobrestima, la proyección, la confusión general.

El *Cantar* de Salomón tiene dos voces; hay también una alabadora femenina. Ella dice: “Mi amado es blanco y rubio, señalado entre diez mil. Su cabeza como oro finísimo; sus cabellos crespos, negros como el cuervo. (...) Su cuerpo, como claro marfil cubierto de zafiros”, etc. ¿Será que el cuerpo masculino —sus hombros voluminosos, sus caderas estrechas, sus pies y manos con gruesas venas, su vientre indefenso sin huesos encima de la priápica rareza tuerta— también se asome como un mensaje glorioso de las profundidades? En la novela más reciente de Margaret Atwood, *Cat’s Eye* la heroína, en uno de los muchos fragmentos asombrosos sobre cómo llegar a ser mujer y humana, reflexiona acerca de los muchachos adolescentes con quienes habla por teléfono: “La parte seria es su cuerpo. Yo me siento en el pasillo abrazando el teléfono, y lo que oigo es su cuerpo. No presto mucha atención a las palabras sino más bien a los silencios, y en los silencios esos cuerpos se recrean, son creados por mí, toman forma”. En parte esto es sexual, reflexiona, y en parte no. En parte es puramente visual: “Los rostros de los muchachos cambian tanto, se suavizan, se abren, duelen. El cuerpo es energía pura, luz sólida”. Tanto para los hombres como para las mujeres, los cuerpos del otro sexo son mensajes que señalan lo que debemos hacer, son signos radiantes de nuestras propias necesidades.

Traducción: Mónica Mansour